

04 – Ausencia

Tras la marcha de Thamar, nuestra casa se me hizo muy grande y mi mundo muy pequeño. No me escribió una carta ni me llamó una sola vez. Por mi parte, tampoco hice nada para comunicarme con ella, ni siquiera volví a mentarla en mis conversaciones. Mis padres hablaban por teléfono con Thamar casi a diario, pero con un “tu hermana te manda recuerdos” solían despacharme, y como yo, aparentando falsa indiferencia, no les preguntaba nunca por ella ni por sus cosas, no tenía ninguna información acerca de mi hermana. Eso no significaba que la hubiera olvidado, ni mucho menos. No había noche que no me durmiera sin pensar en ella. Sabía que algún día volvería y quería mantener vivo mi amor justo para aquel momento.

Las dos o tres semanas siguientes a su partida me las pasé metido en casa. No salí ni para ir al cine. Aquello de “guardar ausencia” convirtiéndome en un ermitaño podía ser muy romántico, pero resultaba poco efectivo: mis padres me miraban como a un “bicho raro”. Así que antes de que acabara el verano, decidí que ya era hora de empezar a salir con gente de mi edad. Probablemente fue la soledad y el aburrimiento lo que me empujó a aquella decisión, pero entonces preferí pensar que el salir con alguna muchacha haría creer a mis padres que me había olvidado de mi hermana. Además, aunque saliera con otras chicas, yo tenía “absolutamente claro” que jamás iba a olvidar a Thamar, que nunca dejaría de amarla, y que, ni mucho menos, la iba a sustituir por otra. Y tan claro que lo tenía...

Entonces no lo sabía, pero mis padres eran muy conocidos en aquella pequeña población. Mi padre había recibido varios premios internacionales de fotografía, mi madre era una profesional reputada, y ambos tenían experiencia en situaciones extremas, así que, a invitación del alcalde, habían participado en algunos coloquios organizados por el “Centro Cultural de la Villa”, pero lo que les había hecho más populares era su historia de amor. El

que se conocieran y enamoraran en medio de una guerra, su separación tras el conflicto y el que sus matrimonios se destrozaran trágicamente para permitir su nueva unión actual, les daba un halo tan atractivo como romántico. Total, que el ser hijo de quien era me había hecho “famoso” aun sin conocer a nadie, con lo que el relacionarme con los chicos y chicas del pueblo no me costó ningún trabajo; me bastó con ir un par de días a la piscina municipal para comenzar a hacer nuevos amigos. Con los chavales hice buenas migas muy rápido porque, en general, eran buena gente, y con las chicas también me fue bien, al menos al principio. Más de una intentó ligarme, pero al compararlas con Thamar —mejor dicho, con el recuerdo idealizado que tenía de ella— todas salían perdiendo, así que finalmente, me limité a ser aquel “buen amigo” que siempre estaba dispuesto a escucharlas. Sin embargo, hubo una chavalilla de mi misma edad, una pelipanocha algo gordita llamada Lucía, a la que, en principio, le presté más atención de la necesaria. Lo cierto es que fue ella la que me pidió el salir juntos, única cosa que le tengo que agradecer en esta vida, ya que gracias a ello, la confianza entre Lucrecia y yo adquirió unos tintes y una intensidad diferentes...

La tarde en que Lucía me pidió que saliéramos, llegué a casa tan contento que fui a contárselo a mi madre directamente. Estaba preparando la cena en la cocina. Tras darle dos besos, le solté de sopetón:

—Lucre, hoy me ha dicho una chica en la piscina que le gusto y que quiere salir conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué le has dicho?

—Que no, claro.

—Anda, ¿y eso? ¿Es que no te gusta? —me preguntó.

—Sí, sí que me gusta, aunque lo cierto es que la conozco poco —le expliqué.

—Pues si te gusta, no lo entiendo...

Su expresión durante esta conversación me dejó bien claro que estaba deseando que

saliera con alguna chica, y que el que le hubiera dicho que no a Lucía le había sentado como una patada en la espinilla. Lo que ella no sabía es que mi explicación iba con trampa incluida:

—No, si al final le he dicho que sí.

—Ahora sí que no te entiendo, hijo.

—No estaba muy convencido, pero cuando le dije que no, casi se pone a llorar, así que le he dicho que sí, que de momento vamos a salir, a ver qué tal nos va.

La cara de mi madre se iluminó como unos fuegos artificiales.

—Pues me alegro mucho por ti, hijo, ya verás lo contento que se va a poner Román en cuando se lo diga...

—Oye, Lucre, que te lo estoy contando sólo para ti... Otra como mi padre, que no se puede callar nada. A ver si ahora no te voy a poder contar “mis cosas” a ti tampoco.

—Perdona, hijo, no sabía que era un secreto. No te preocupes, no se lo contaré a nadie.

—Ya, eso dices ahora, pero en cuanto veas a mi padre...

—Te repito que no le voy a decir nada, no seas bobo. ¿Y por qué te importa tanto que no sepa lo de esa chica?

—No, si no es por eso. Si el que se lo digas, o no, me da lo mismo. Lo que quiero es poder contarle “lo que sea” a alguien en confianza, con la seguridad de que nada de lo que le diga saldrá de entre nosotros. Y con mi padre, no hay manera. Pensé que contigo sería distinto, pero ya veo que no.

Lucrecia se quedó pensativa, sin contestarme nada. Parecía preocupada. Al poco, me dijo:

—Mira, hijo, ¿sabes lo que vamos a hacer? Cuando nos digamos el uno al otro que vamos a hablar sólo para nosotros, o que nos vamos a contar alguna confidencia, ninguno le contará lo hablado a nadie, quedará sólo entre los dos, y si alguien no lo cumple, el otro tendrá derecho a no hablarle más en la vida... ¿De acuerdo?

La frase sonaba un poco drástica, pero la idea era buena, así que, bastante contento, le

respondí:

—De acuerdo, mamá...

Lucrecia puso su mano derecha en mi careto sonriente, me dio un beso suave en los labios y me dijo:

—Mucho ha debido gustarte este acuerdo que hemos tomado, ¿eh?

—Sí, claro que me ha gustado, pero no sé por qué...

Lucrecia me interrumpió fingiendo estar enfadada:

—Porque sólo me llamas “mamá” cuando algo mío te ha encantado sobremanera...

—Eso no es cierto —protesté.

—¡Sí lo es! —insistió.

—¡No lo es!

—Entonces, ¿por qué no me llamas mamá más a menudo?

—Porque...

No podía terminar la frase sin mentirle, así que la dejé en el aire.

—¿Ves como tengo razón, hijo mío? —insistió mi madre.

Derrotado, me di la vuelta y salí de la cocina. La respuesta era muy sencilla: Porque era muy difícil llamar “mamá” a alguien que, aunque te llame “hijo”, está siempre desnuda ante ti, y que, además, no hace más que besarte en la boca. Era una sencilla respuesta, sí, pero incontable.

A Lucía le sobraban kilos a lo ancho y le faltaban centímetros a lo alto, pero tenía buen culo, fuertes piernas, unas tetas más que potentes para sus quince años, unas pecas muy graciosas, unos ojos azules pequeños aunque atractivos y una melena pelirroja de lo más llamativo. A pesar de su boca casi sin labios y su nariz respingona, me gustaba físicamente. Lo malo fue que, en cuanto la conocí un poco más a fondo, comenzó a caerme fatal. Era muy

orgullosa y creída, le encantaba menospreciar a la gente y burlarse de cualquiera a la menor oportunidad. Era cruel inconscientemente y le encantaba serlo. Además, el que su padre fuera uno de los ricos del pueblo y tuviera ascendencia británica, la hacía creerse poco menos que “la Reina de Inglaterra”. Su principal tema de conversación era ella misma; tema que, ya el primer día que salimos juntos, pasó a ser “nosotros”. Tampoco tardó nada en remarcarme que el que estuviéramos saliendo juntos era “lo más natural del mundo”, ya que, como pareja, estábamos “muy por encima” del resto del pueblo. Una “joya” de chica, vamos. Ni qué decir tiene que me hinchó las pelotas en un par de días, y en la tercera cita le dije que habíamos terminado definitivamente. Lo único que sentí fue perder sus enormes y duras tetas, ya que por arriba se dejaba sobar de lo lindo. Cuando la dejé, me insultó, me lloró, me rogó y, finalmente, no lo admitió. Me hubiera encantado borrarla de mi vida, pero no hubo forma de deshacerse de ella. Incluso cuando todos sabían que la despreciaba, seguía diciendo que “seguía loco por sus huesos” y que “si no volvíamos” era porque a ella no le daba la gana. Por otro lado, cualquier chica con la que saliera una tarde o simplemente hablara conmigo un par de veces, se convertía en blanco de sus burlas y desprecios. Es muy posible que esa actitud suya contribuyera bastante a que aquel verano cualquier tipo de relación sexual con las chicas de mi edad brillara por su ausencia. Aunque si he de ser sincero, sí que tuve una especie de “contacto sexual” a primeros de Septiembre, pero no fue nada gratificante...

Aquella noche mi padre estaba de viaje, con lo que en la casa sólo estábamos Lucrecia y yo. Ella se aseaba en el cuarto de baño y yo estaba en pijama sentado en el alféizar de la ventana de mi cuarto. A lo lejos, sobre el horizonte, podía ver los rayos de una tormenta lejana. Ni siquiera se oían los truenos, sólo se veía el resplandor de los relámpagos iluminando la línea del cielo. Deseé que se acercara para poder contemplarla de cerca, y entonces una tormenta aún más real me explotó dentro de la casa: Sonó un fuerte golpe, sentí

romperse unos cristales y oí a mi madre gritar de dolor. Inmediatamente fui a ver qué había pasado. Lucrecia estaba desnuda en el suelo, riendo con los ojos llenos de lágrimas. La bañera ahora estaba vacía, pero la debía haber llenado en exceso, se había desbordado y el suelo del cuarto de baño estaba inundado, así que todo indicaba que se había resbalado con el agua; bueno, con el agua y el alcohol que había bebido, que el ruido de cristales fue provocado por un vaso roto junto al bidé y el olor a güisqui en el ambiente la delataba inequívocamente. Ni mencioné este detalle porque estaba realmente preocupado; un golpe de esos podía causar bastante daño a cualquiera. La ayudé a levantarse y conseguí que se sentara sobre la tapa del inodoro. Aunque no se veía sangre a primera vista, empecé a examinarla por si tenía algún corte, mientras exclamaba:

—¡Joder, Lucre, qué golpe te has dado! ¿Qué estabas haciendo? Te podías haber matado.

—¡Anda bobo...! pues no eres tú exagerado... ha sido un resbaloncito de nada... además...

Debía haber bebido mucho, porque, aunque intentaba disimularlo, la voz la tenía resbalosa y dudaba entre frase y frase. Por suerte, no parecía haberse hecho gran cosa. Algo más tranquilo, le pregunté, interrumpiéndola:

—A ver, ¿dónde te has dado? ¿Te duele algo?

—Sí, claro que me duele... sobre todo el culo... y el codo...

La cogí del brazo y vi que tenía un golpe fuerte en el codo derecho, aún no se notaba mucho, pero seguro que se le terminaba hinchando, así que le dije:

—Mira, lo mejor será que vayamos a urgencias a que te vean ese golpe, no sea que te hayas roto algo.

—Sí, claro... el culo me he roto... que es lo que más me duele... mira a ver qué tengo...

Y diciéndome esto, se levantó, se dio la vuelta medio tambaleándose y puso el culo en pompa para que se lo mirara bien. Tenía colorada la nalga derecha, pero no parecía grave, ni mucho menos; lo peor que le podría ocurrir es que se le terminara poniendo morado.

—No tienes nada —le expliqué—, sólo un poco rojo el lado derecho.

—Aquí, ¿verdad? —me dijo, señalando con su mano exactamente donde tenía la señal más fuerte.

—Sí, ahí mismo. Anda, sécate y vístete, que cuanto antes nos vayamos al médico, mejor.

—Estás tú listo... por esta tontería no pienso ir al... sólo necesito descansar un poco... anda, sé bueno y tráeme un güisquito del bar...

—Lo que te voy a traer es un par de analgésicos y un poco de agua.

Y sin hacer caso de sus protestas, salí del cuarto de baño. Al poco, regresé con un vaso de agua y dos aspirinas efervescentes disueltas en él. Mientras se lo tomaba, sequé el suelo cuanto pude, recogí los cristales y los tiré en el cubo de la basura que teníamos en una esquina. Cuando terminé, me volví hacia ella. Estaba sentada de nuevo sobre el inodoro, mirándome con el vaso vacío en la mano. Sonrió, dejó el vaso en el suelo, y me dijo:

—Gracias, hijo... Tienes una madre... que es un verdadero desastre... Esto quedará sólo... sólo para nosotros... ¿verdad?

Aunque me había dado un buen susto, me limité a sonreírle con condescendencia y a afirmar con la cabeza. Se la veía algo apesadumbrada y no quería que se sintiera peor de lo que parecía estar.

—Me caí cuando iba a bañarme... y si hay que ir al médico... será mejor que me duche antes...

Seguía haciendo esfuerzos por hablar coherentemente, aunque apenas conseguía hacerlo de forma entrecortada, así que pensé que le vendría muy bien una buena ducha, a ver si se espabilaba de una vez.

—Vale, si necesitas algo, estoy en mi habitación.

No había empezado ni a darme la vuelta, cuando Lucrecia me pidió:

—Por favor, no te vayas... prefiero que te quedes y me ayudes... no sea que me vuelva a

resbalar... además, con este brazo no sé si...

Me pareció que era sincera en lo de que quería que me quedara con ella, ahora bien, lo que no tenía tan claro era que los golpes, aún en caliente, le dolieran tanto, pero bueno... se acababa de dar un buen trastazo, así que decidí ayudarla. La agarré del brazo sano y la acompañé hasta el borde de la bañera. Cuando levantó la pierna para meterla dentro, casi se cae. Si no llego a estar allí sujetándola se vuelve al suelo, así que le dije:

—Espera, me meto yo primero y te ayudo a entrar.

—Sí, pero... quítate el pijama... no lo vayas a mojar...

Dándole la espalda, me lo quité y lo dejé sobre el bidé. Me daba vergüenza que me viera desnudo de frente, pero tenía que ayudarla, así que me volví, pasé una pierna al interior de la bañera y dejé otra fuera. Le sujeté el brazo izquierdo con fuerza hasta que ella, entre dos vaivenes, sin mirarme en absoluto, consiguió entrar dentro.

—Deberías sentarte, así estarías más segura —le indiqué.

—No... Prefiero ducharme de pie... me duele el culo... y si me siento, lo mismo...

No terminó la frase, cogió la alcachofa y empezó a ducharse con agua fría. Si yo me ducho con aquel agua helada, me da algo, pero ella debía estar acostumbrada porque ni siquiera se estremeció. Me quedé mirándola. Estaba preciosa con el agua resbalándole por el cuerpo... El fijarme en las gotas de agua rompiendo sobre sus pezones en punta y empezar a excitarme fue todo uno. Le di la espalda para que no se diera cuenta de mi estado, pero no pude dejar de observarla por encima del hombro. El cuerpo empapado de Lucrecia suponía una tentación insalvable para mi escasa voluntad; no podía apartar los ojos de él. Los hilillos de agua enredándose en su vello púbico y deslizándose sobre el nacimiento de los labios de su sexo fueron demasiado para mí, así que haciendo un esfuerzo considerable, aparté la mirada y me senté de espaldas a ella, a ver si el agua fría que corría por el fondo de la bañera me calmaba los ardores...

Lucrecia aún tardó un poco en ducharse, ya que, por lo que oí, se enjabonó tres veces y se aclaró otras tantas. Supongo que tanta limpieza tenía más que ver con el que se le despejara la cabeza que con la supuesta suciedad de su cuerpo. Para evitar males mayores, no me volví en ningún momento mientras lo hacía. Cuando terminó me dijo:

—Anda, ayúdame a salir, que este codo me está doliendo horrores y tengo el culo como dormido...

Su voz sonaba mucho más clara que antes, así que el agua fría había surtido el efecto deseado. En mí también, por supuesto; de mi acaloramiento no quedaba ni rastro. La ayudé a salir y le alcancé una toalla seca del armario. Mientras nos secábamos, yo miraba hacia otro lado, pero a pesar de eso, dado lo que me acababa de pasar, la situación me estaba resultando violenta, así que me sequé lo más rápido que pude y le dije:

—Lucre, si ya no me necesitas, me marchó, que tengo que...

—No, espera un poco, que sí que te necesito —me interrumpió—. No me puedo secar bien yo sola, me duele mucho el brazo cuando lo muevo, así que, si no te importa, sécame la espalda, anda...

A eso no había forma de negarse, así que cogí otra toalla del armario y me puse a frotarle la espalda mientras ella se secaba por delante. Lo hice de los hombros hacia la cintura. Una vez tuvo la espalda seca, fui a dejar la toalla en el suelo para que continuara sola, pero pareció adivinar mis intenciones, porque separó sus piernas y me dijo:

—Cuando me seques el trasero, ten cuidado con el lado derecho, no me aprietes mucho, que lo tengo dolorido. Y luego sigue con las piernas, que no me puedo agachar bien.

No dije nada, me limité a hacerle caso y seguí secándola sin mirarla apenas, aunque de poco me sirvió. Poniéndome en cuclillas, comencé a secarle las piernas abarcándolas con la toalla y ambas manos desde los tobillos hacia arriba. Según subí hasta sus rodillas, Lucrecia abrió aún más el arco de sus piernas, con lo que no encontré ningún obstáculo para llegar

hasta sus ingles. En medio de las fricciones sobre su muslo izquierdo, mi mano derecha rozó un par de veces su sexo, sintiendo su calor y mojándose de algo que no me pareció agua en absoluto. El tocarla no fue un acto voluntario por mi parte, o por lo menos no lo hice conscientemente, pero el caso es que empecé a excitarme de nuevo. Menos mal que estuve rápido de reflejos y encontré una solución inmediata: me levanté y me senté en el borde de la bañera de tal manera que mis testículos se pegaron al mármol helado. Fue tal la sensación de frío que mandó mi calentura al carajo instantáneamente. Sonreí aliviado y me dispuse a tirar la toalla, cuando Lucrecia me la volvió a jugar. Se dio la vuelta, me revolvió el pelo con la mano y me dijo con una sonrisa en la boca:

—No te sientes, que aún no has terminado, mi pierna derecha aún está mojada.

Yo no tenía la más mínima intención de levantarme, así que le contesté:

—Ya, Lucre, pero me canso de estar agachado. Acércate un poco y termino en un momento.

No quería verle de nuevo ni el sexo ni las tetas, así que le miré a la cara y comprobé aterrado que su mirada estaba fija en mis genitales. Instintivamente, cerré las piernas y me puse más rojo que un tomate. Su sonrisa pasó a ser burlona mientras se acercaba a mí, se agarraba al perchero de las toallas y ponía la pierna derecha sobre el borde de la bañera. Para no sentir el roce de su piel en mis manos, las mantuve permanentemente envueltas en la toalla, y para no ver nada que me pudiera excitar, fijé mis ojos en su rodilla y, sin moverlos de ese punto, continué secándole la pierna. Sabía lo que había a escasos centímetros de mi cara, y aunque lo deseaba ardientemente, no me atreví a mirarlo. Gracias a estas precauciones y a que no despegué las pelotas del frío mármol, conseguí terminar de secarla sin tener nada de qué arrepentirme, aunque eso sí, seguía con la cara ardiendo.

Lucrecia, mirándome fijamente me dijo con mala leche:

—Es una pena que a tus quince años aún no seas un hombre. Mira que ponerte colorado

por ver a una mujer desnuda... ¿O es porque te estoy viendo yo a ti...? Pues no sé cual de las dos cosas me parece más infantil, la verdad...

Si pretendió herirme, lo consiguió de inmediato, porque su frase fue un auténtico mazazo a mi orgullo. Rápidamente me rehice y no le di la satisfacción de que lo advirtiera; me tragué las lágrimas que casi me hizo brotar y le respondí con una sonrisa más que fingida:

—Lo siento, “mamá”, pero a mis quince años, lo que soy es un adolescente. Si ya no me necesitas, mejor me voy a mi habitación.

Y sin esperar su respuesta, me levanté, la aparté suavemente con el antebrazo y salí del cuarto de baño.

Aquella noche dormí poco y lloré mucho. No podía entender su actitud. No fue al médico y ni siquiera se vendó. Al ser enfermera, supongo que supo enseguida que no tenía nada grave, con lo que pensé que no necesitó tanto mi ayuda como me dio a entender. Estaba hecho un lío, no sabía por qué se había burlado de mí... Y lo que no me cabía en la cabeza es que hubiera querido hacerme daño de forma intencionada. Incluso llegué a pensar en contarle todo a mi padre, pero lo descarté de inmediato, ya que ella había dicho que aquello “debía quedar entre nosotros”. Al final, opté por la solución más cómoda: le eché la culpa a la bebida y me convencí de que, serena, jamás me habría dicho una frase tan hiriente. El tiempo, de alguna manera, terminó dándome la razón, porque a partir de entonces sus provocaciones y tomaduras de pelo fueron directamente proporcionales al exceso de bebida que llevara en el cuerpo. Aquella especie “experiencia erótica” con “la Lucre” fue un auténtico desastre, desde luego que lo fue, sobre todo para mi orgullo...

Tras el verano y el fracaso con Lucía, el resto del año fue un ir y venir de casa a clase y de clase a casa, y no por mi gusto. Estaba en una edad en la que lo más difícil era dominar la efervescencia hormonal; las chicas me atraían como un imán. Hasta que conocí a Luján, me

dediqué a lanzarle los tejos a cualquier chica que se me ponía a tiro; con muy escaso éxito, la verdad sea dicha. Si dijera que poco conseguí, mentiría, porque no conseguí nada en absoluto. Las chicas del pueblo me conocían bien y sabían “a lo que iba”, así que pasaban de mí completamente. Además, si alguna mostraba algún ligero interés hacia mí, ahí estaba Lucía dispuesta a hacerle cambiar de idea de inmediato. ¡Qué tía más rencorosa! Por otro lado, Thamar siguió sin ponerse en contacto conmigo, y mis padres, por supuesto, no hicieron nada para remediarlo. Si no llega a aparecer “mi niña” en mi vida...

Luján estudiaba en el mismo instituto que yo, pero en uno de los cursos inferiores. Apenas la conocía de vista y no habíamos llegado nunca a hablar. No vivía en el pueblo, sino en una finca a unos cinco o seis kilómetros, así que fuera del horario de clases paraba poco en él, y como, además de ser una chica poco llamativa, era dos años menor que yo, no había despertado nunca mi atención. Todo cambió a principios del segundo verano que viví con mis padres. Nos acababan de dar las notas y varios compañeros de curso, unos para celebrarlas y otros para olvidarlas, organizamos una merienda en el campo. Hicimos tres grupos, el primero —donde me metí yo— se encargó de comprar la bebida, el segundo de conseguir la comida y el tercero de llevar la música e invitar a las chicas, de tal forma que al domingo siguiente, entre el río y el bosque de pinos, al atardecer, éramos un grupo de más de treinta chavales que teníamos terciado el segundo barreño de sangría, destrozábamos comida a espuertas y bailábamos como locos todo lo que sonaba, seguramente porque había más chicas que chicos. Una de esas chicas era Luján.

Con tanta bebida y tanto baile, me entraron ganas de orinar, así que señalando a los pinos, que estaban a unos treinta o cuarenta metros, le dije a un amigo:

—Oye, tío, me voy ahí, detrás de los árboles, a echar una meada.

—¡Amosnojodas! ¿Hasta allí vas ir? Aquí mismo... Y la que no quiera ver, que no mire...

¡No te jode! —me contestó según andaba tres o cuatro pasos, se ponía de espaldas al grupo y se aliviaba la vejiga.

Al verle, me puse a orinar junto a él. Antes de que termináramos, tres o cuatro chicos más nos imitaron poniéndose a nuestro lado. Cuando terminé, ya eran media docena los que estaban con el pito fuera, desaguando y cantando “El vino que tiene Asunción ni es blanco ni es tinto, ni tiene color...” Me di la vuelta y empecé a andar hacia el barreño de sangría, a reemplazar lo evacuado. Al pasar al lado de Lucía, que estaba sentada con otra chica sobre unas piedras, intenté evitarla, pero la oí exclamar con su mala baba habitual:

—¡Serán guarros!

—¿Por qué? Lo que hacen es de lo más natural. ¿Es que tú no meas nunca? —le preguntó la otra chica.

—Sí, pero no delante de todo el mundo. ¡Te digo que son unos guarros! —insistió la pelirroja.

Sonreí, cogí dos vasos de plástico y los llené de sangría. Con ellos en la mano, me acerqué a ellas. La amiga de Lucía era una chica delgadita que llevaba la melena castaña recogida por una diadema azul. Les ofrecí ambos vasos:

—¿Queréis?

Lucía, en su línea habitual, me dio un “no, gracias” despectivo. La otra chica no me contestó, se puso colorada de golpe, afirmó con la cabeza, cogió el vaso que le ofrecía y le dio dos tragos nerviosos. Aproveché para verla mejor. Era casi una niña. Recordaba haberla visto antes en el instituto, pero no sabía quién era ni cómo se llamaba. Ni siquiera había bailado con ella aquella tarde, y eso que creía haberlo hecho con todas las chicas guapas. En cualquier caso, sin ser espectacular, era bonita. Tenía los ojos grandes, grises, del color del cielo antes de la tormenta, y su cabello era castaño claro, casi dorado, sin llegar a rubio. Era algo chatilla y tenía una boca muy llamativa, sus labios eran preciosos; tenía el labio superior más sensual

que había visto en la vida. Me gustó, me gustó mucho aquella chiquilla.

—Parece que tenías sed —comenté.

—Sí que tenía, gracias —me respondió, ruborizándose aún más.

—¿Quieres bailar? —le pregunté.

—Ya me gustaría, pero no puedo, lo siento —me contestó.

—¿Y eso?

—Antes, al bajar por el sendero, me torcí un tobillo. Al principio no me dolió, pero en cuanto me senté a descansar ya no pude volver a ponerme en pie.

—Normal, se te enfrió. Seguro que tienes un esguince. No te pido echarle un vistazo porque es mejor que esté sujeto por las playeras. Si sacamos el pie, lo mismo luego no lo podemos meter dentro otra vez...

—¿Tú entiendes de esguinces?

—Mujer, no es que sea un... bueno... algún pie me ha tocado vendar a algún compañero de equipo...

—Como veo que ya tienes “médico” y compañía, me marchó. No quiero molestar —le soltó a su amiga la chica de las pecas con cierto retintín desagradable.

—Oye, pues muchas gracias, Lucía, que todo se agradece... Aunque seamos “unos guarros” —le dije, intentando emplear el mismo tono.

Me miró como perdonándose la vida. Orgullosa y ofendida, se levantó y se marchó hacia los que estaban bailando. Aproveché para sentarme en el sitio que había dejado libre, al lado de la otra chica.

—Así que nos has oído... —me dijo, riéndose.

—Sí, por eso me he acercado. Me gustó lo que le dijiste a Lucía.

—¡Vaya, hombre! Y yo que pensé que era por mi cara bonita... —me dijo, bromeando.

—Es que tu cara bonita no la había visto, si no, hubiera venido antes —afirmé, siendo

sincero.

Se volvió a poner colorada. Aquella muchacha siempre estaba ruborizándose, pero eso no me disgustaba, al contrario, me encantaba; no sabía por qué, pero me encantaba.

—Seguro que sí, Javier, seguro que sí...

—¡Coño! ¿Y cómo sabes tú mi nombre? Yo no sé el tuyo.

—Me llamo Luján, Luján Castro, y tú te llamas Javier Aguirre, vas un curso más adelantado que yo, vives en una casa blanca rodeada de árboles al final del pueblo, hacia Madrid, tu padre es un fotógrafo famoso, tu madre es enfermera y has cumplido dieciséis años el mes pasado.

—¡Joder! ¿Eres adivina o te ha informado Lucía?

—No, lo que pasa es que tú eres muy popular en el instituto, todas las chicas te conocen; además invitaste a tu cumpleaños a dos amigas mías.

—A ti no, claro.

—No, a mí no. Hasta ahora no sabías ni que existía. ¿Cómo me ibas a invitar? —me explicó.

A ella, el rubor le salía por las orejas, pero el mío le empezaba a hacer la competencia. Algo azorado, no se me ocurrió más que decirle una gilipollez:

—Más vale tarde que nunca...

—Eso depende. Los refranes no tienen por qué tener razón siempre.

—Total, Luján, que la sabiduría popular se equivoca.

—No es eso, lo que pasa es que, como los aplicamos como nos interesa, de “sabiduría” tienen muy poca.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Pues que para la misma cosa hay refranes contrarios, y utilizamos el que mejor nos vaya en cada momento.

—¿Como cual?

—Pues mira, verás... “No por mucho madrugar, amanece más temprano” y “Al que madruga, Dios le ayuda”.

—“Y uno que madrugó, una cartera se encontró” —rematé yo haciendo el ganso.

—¡Serás tonto! —me dijo Luján riéndose de mi “pavada” y dándome un golpe en el hombro.

—De acuerdo. Me rindo, mi niña. Tienes toda la razón del mundo, usamos los refranes cómo y cuando nos conviene —le dije enarbolando mi mejor sonrisa.

En ese momento nos miramos fijamente a los ojos y callamos. Algo estaba naciendo entre los dos que nos atraía. Recuerdo como si fuera hoy, que en aquel instante deseé besarla, pero no me atreví; no estaba tan loco. Luján separó sus ojos de los míos y rompió el hilo del encanto.

Seguimos hablando durante mucho rato. Me sentía bien a su lado. A pesar de su juventud, Luján no tenía una charla insulsa como la mayoría de mis amigas. No es que su conversación fuera “trascendental”, pero sí sabía lo que decía. Aquella chica me estaba empezando a gustar de verdad, y no sólo por “su cara bonita”.

Cuando empezó a caer la tarde, Luján miró su reloj y me dijo:

—Con un poco de suerte, veremos una preciosa puesta de sol...

—Por hermosa que sea, nunca lo será tanto como tú, mi niña —le dije, cursi y zalamero.

Luján, por enésima vez, se ruborizó y, sin mirarme, me pidió:

—¿Te importa traerme otro vaso de sangría? Me gusta más la coca cola, pero no veo que quede ninguna.

—Ahora mismo.

Me levanté y me acerqué al barreño. Cuando iba a llenar un par de vasos, oí el ruido del motor de un coche. Levanté la mirada y vi acercarse un todo terreno de color verde. El coche

se aproximó dirigiéndose directamente hacia las piedras donde estaba sentada Luján. Pensé que alguien debió avisar que vinieran a por ella. Cuando se detuvo justo enfrente, dejé los vasos en el suelo y me acerqué en dos zancadas. Luján me presentó al conductor:

—Mira, te presento a mi padre. Papá, este es Javier, un compañero del instituto.

El hombre sonrió, me ofreció su mano —que me apresuré a estrechar— y me dijo, para mi sorpresa:

—Así que tú eres Javier... vaya, vaya... pues me alegro de conocerte; mi hija no hace más que hablar de ti... Espero verte pronto por nuestra casa, quedas invitado. Anda, ayúdame a subirla al coche, sujeta la puerta, por favor.

—Sí, enseguida —le respondí, abriéndola.

Parecía un hombre simpático, pero el comentario que acababa de hacer dejó muda a su hija y volvió a poner su rubor por las nubes. Cogió a Luján en brazos y la dejó sobre el asiento del acompañante. Yo cerré la puerta, pero mientras su padre rodeaba el coche para subir al puesto del conductor, la abrí de nuevo y le dije a Luján en voz baja, para que no me oyera nadie más que ella:

—Nos tenemos que ver pronto, mi niña. Me debes una puesta de sol.

Luján sonrió y afirmó con la cabeza.

Según se alejaban, ella y su padre, desde el coche, me dirigieron un ademán de despedida al que respondí agitando la mano. Así que aquella niña no hacía más que hablar de mí... Inmediatamente decidí que mi respuesta afirmativa valía para las dos preguntas, tanto para sujetar la puerta como para ir pronto por su casa.

Al marcharse Luján pensé que la mejor fuente de información sobre ella sería la “comadre” Lucía. Estaba charlando con otras amigas al lado de la comida, así que me dirigí hacia ella dispuesto a sacarla a bailar y “tirarle de la lengua”. Después de tres sangrías, cuatro bailes y un par de achuchones, Lucía había sido muy diligente a la hora de contarme todo lo

que le pregunté acerca de Luján, como dónde vivía, la música que le gustaba y cómo prefería divertirse. También me dijo que era muy infantil, que “de buena que era, era boba” y que si no fuera una “empollona” y una “sabihonda” daría gusto estar con ella. Lo que más gracia me hizo fue que me dijo que Luján “aunque era una cría, era su mejor amiga” —cosa que no me creí en absoluto tal y como me estaba hablando de ella—. La verdad es que Lucía no fue nada, pero que nada discreta. Hasta me contó que Luján estaba “coladita por mis huesos desde siempre”, eso sí, recalcando que “era muy joven para mí” porque hacía poco que había cumplido los catorce años y yo ya tenía dieciséis. Tras mi charla con ella, lo que me quedó más claro es que Lucía envidiaba profundamente a Luján y que, desde luego, no era amiga suya, pero ni un poquito. ¡Menuda buena pieza estaba hecha la Lucía de marras!

Esa noche, por primera vez en mi vida, me dormí pensando en una chica que no era mi hermana...

Mi tardío despertar al día siguiente fue distinto a lo que esperaba. Sí que pensé en Luján, claro que sí, pero con un sentido de culpa horrible y un resacoso dolor de cabeza no menos espantoso. Tras una ducha reparadora y tres vasos de agua regeneradores, concluí que “mi amor verdadero” debía seguir siendo Thamar y que no estaba bien el que me relacionara con otra chica “en serio”. No sé muy bien por qué, pero si algo tenía claro era que Luján no iba a ser “otra Lucía”, ni mucho menos. Sabía perfectamente que utilizar a aquella cría encantadora de “tapadera” en mi relación con Thamar no iba a ser posible, así que decidí que, por mucho que me gustara Luján, no volvería a verla. Pero tú no decides, la vida lo hace por ti...

Según bajaba la escalera dispuesto a prepararme algo de comer, me encontré a Lucrecia sentada en el sofá con una especie de librote entre las manos y una sonrisa enorme en los labios. Picado por la curiosidad, en vez de ir a la cocina a zampar, me senté junto a mi madre

y me puse a cotillear lo que se traía entre manos. Estaba viendo un álbum de fotos de Thamar.

—Hola, Lucre. Esa es Thamar, ¿no? —le pregunté obviamente, ya que no podía haber la menor duda de que la niña que aparecía en las fotos era mi hermana. Ese pelo rubio, casi blanco, era inconfundible.

—Sí, claro —me contestó, radiante. Estaba orgullosa de su hija, le salía por los poros.

—Era muy guapa de pequeña, ¿verdad?

—Sí, hijo, era una niña muy rica. Mira, aquí tenía cinco añitos... Estábamos en Tampere, en el jardín de la casa de mis padres...

Estuvimos un rato viendo las fotos de la infancia de Thamar y la verdad es que en la mayoría estaba adorable; sin lugar a dudas, había sido una niña preciosa. El que mi madre me estuviera mostrando, toda orgullosa, las fotos de mi hermana me hizo sentirme muy unido a ellas... tuve una sensación nueva, no sé... como si estuviera “más en familia”. Fueron unos momentos preciosos, incluso encantadores... pero el encanto lo rompió una de las fotos. Era una copia de la foto que Thamar me había enseñado antes de marcharse de casa; la foto en la que me dijo que estaba con su padre. Me quedé helado. Era una cuestión que no sabía ni cómo abordar. Pensé en preguntarle a Lucrecia sobre la foto, pero no me atreví, opté por permanecer en silencio, casi sin atreverme a respirar... y entonces mi madre me hizo respirar hondo, pero que muy hondo:

—Mira Javier, esta es Thamar en su noveno cumpleaños, con mi hermano Linus.

Tras mi respirar profundo, el alma se me cayó a los pies. Obviamente, Lucrecia debió notarlo, porque me preguntó:

—¿Qué te pasa, hijo? Pareces sorprendido.

Y tanto... Así que ese no era su padre, era su tío... ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder...! Se me pasaron tantas cosas por la cabeza en un momento que al final me decidí por la más simple, decir la verdad:

—¡Anda leche!, pues si esta foto me la enseñó Thamar diciéndome que ese del pelo blanco era su padre.

Nada más soltar mi frase llegué a pensar durante un segundo que había sorprendido a Lucrecia, pero debí equivocarme, porque se echó a reír y me dijo:

—No te preocupes. Como mi primer marido, Magnus, su padre, murió antes de que ella naciera, lleva diciéndole eso a todo el mundo desde pequeña.

—Pero alguna foto de su padre tendrás, ¿no? —le pregunté, pensando que al menos las de la boda las habría conservado.

—No. Las rompí todas cuando murió... No espero que lo entiendas, pero el ver aquellas fotos me hacía sufrir demasiado... tanto que no pensé en mi hija y las destruí por completo...

Debí poner cara de estúpido confuso o incrédulo desconcertado, porque mi madre, algo nerviosa, sonrió ampliamente y siguió explicándome:

—Verás, las compañeras se burlaban de ella en el internado porque era huérfana, así que un día cogió esta foto y se la enseñó a todas sus amiguitas diciendo que era “su papá”. La verdad es que el parecido físico es muy grande, así que las niñas la creyeron y ya no se burlaron más de ella. Sé que luego lo ha dicho alguna vez más, pero lo que no sabía es que lo había utilizado contigo. No se lo tomes en cuenta, seguro que es porque te envidia a Román...

Mi madre siguió hablando, pero yo ya no la escuchaba. Mi cabeza estaba dando vueltas a una sola idea: Thamar me había mentido y mi padre tenía razón; éramos hermanos de sangre y ella había tratado de engañarme. Llevaba un año esperando su vuelta como agua de mayo, cuando nuestro amor era algo imposible... Pasé del estado de sorpresa al de cabreo en un santiamén. No podía creer que Thamar me hubiera hecho aquello. No sé qué coño habría dicho o hecho en aquel momento, probablemente alguna barbaridad, pero mi sistema de autodefensa subconsciente se puso en funcionamiento y me trajo el recuerdo de Luján a la mente de inmediato. Contra toda lógica, mi indignación contra Thamar no fue en aumento, se

quedó en un enfado momentáneo. Lo que debió ser una losa se convirtió de pronto en una descarga de peso: me sentí liberado. Cerré una puerta sobre Thamar y abrí otra hacia Luján. No perdí un segundo más en mirar al pasado, tiré hacia delante y le dije a mi madre:

—Perdona, mamá, pero tengo que irme. He quedado con una chica y voy a llegar tarde.

Otro día terminamos de ver las fotos.

Al oír lo de “la chica”, mi madre sonrió y, sin importarle para nada que le cortara la explicación que me estaba dando y que yo no había oído en absoluto, me dijo:

—Vale hijo, no la hagas esperar. Dame un beso. Hasta luego.

Cada vez que Lucrecia me besaba en los labios me limitaba a recibir su caricia sin corresponderla, pero a ese beso sí que le respondí, y a tenor de la cara de sorpresa que puso, no se lo esperaba.

Tras el beso, salí de casa con las ideas bastante claras y una determinación tomada. Cogí mi bicicleta y me encaminé a la finca que los padres de Luján tenían fuera del pueblo. Cuando ya divisaba la casa, vi venir en dirección contraria el coche verde de su padre. Me detuve en el borde del camino. Al llegar a mi altura, él hizo lo propio y me saludó:

—Hola, Javier. ¿Vas a ver a Luján?

—Sí, señor. Quería saber qué había sido al final lo de su pie.

—No es nada grave, sólo un pequeño esguince. Si vas para allá, pasa sin llamar, está sola y apenas puede andar. Ve detrás de la casa, está tomando el sol en la piscina. Encárgate de que no apoye el pie en el suelo. ¿Lo harás? Seguro que sí. Bueno, me voy, que tengo que recoger a mi mujer que está de compras y, como me descuide, “me desgracia la visa”. ¡Hasta luego, chico!

Me caía bien aquel tipo, se le veía un tío sano, sencillo y natural, y eso que Lucía me había dicho que estaba “forado de pasta”.

La casa de Luján era grande y sencilla, con dos plantas, de tipo rural. Aparqué la bicicleta

en la verja de la entrada y me dirigí a la parte posterior de la vivienda. Al lado de una piscina enorme, Luján, con el pie vendado y los ojos cerrados, estaba tomando el sol en una hamaca con los auriculares de un walkman puestos. Como estaba en topless, pude examinar su cuerpo a placer y con detalle. Tenía una cara preciosa, poca cintura y unas piernas bastante largas. Estaba algo delgaducha y apenas había empezado a madurar como mujer, aunque se veía que iba a ser una chica muy guapa. Le miré las tetas; las tenía muy poco desarrolladas para su edad, aún eran dos pequeños montecitos coronados por unos pezones muy abultados, demasiado grandes para tan poco pecho. Al llegar a su altura, cogí una toalla que había a su lado y se la puse por encima. Del susto que se llevó, se incorporó tirando los cascos al suelo y la toalla sobre su regazo. Al verme no supo qué hacer, si lanzarse al agua, ponerse el bikini o coger la toalla. Queriendo hacerlo todo a la vez, seguía con el pecho al aire, así que le di la espalda y le dije:

—Perdona, Luján. Tu padre me dijo que estabas en la piscina, pero no esperaba verte así, sin... Bueno, lo siento... Venía a ver qué tal estabas del pie.

—Ya puedes volverte —me dijo, algo seria—. Podías haber llamado antes de entrar.

—Me dijo tu padre que no lo hiciera, que estabas sola y no podías andar —le respondí, dándome la vuelta. Ya se había puesto la parte superior del bikini.

—Tampoco ha pasado nada —me dijo, aparentando una naturalidad que no sentía—. ¿Quieres tomar algo? En esa nevera portátil me ha dejado mi madre unas bebidas, mira a ver si...

Abrí la nevera, saqué dos cocas, las abrí y le di una a ella. Estuvimos un rato en silencio, ella sentada y yo de pie, los dos mirando el agua de la piscina, bebiendo los refrescos y sin saber de qué hablar. Bueno, yo sí sabía lo que quería decirle, pero apenas me atrevía. Luján, todavía azorada, nerviosa y embustera, pero más decidida, me facilitó el trabajo:

—Tengo una explicación para lo que dijo mi padre ayer de que hablo mucho de ti. El caso

es que tanto él como mi madre me están siempre dando la murga con que no me invita a salir ningún chico, así que para que me dejaran en paz un día les dije que iba a ir al cine con un tal Javier y, claro, mi padre al oír tu nombre sumó dos y dos, aunque mal, porque...

—Eso es mentira, mi niña... —afirmé interrumpiéndola.

Luján se quedó cortada y boquiabierta, sin saber qué decir.

—La verdad es que te gusto desde hace tiempo —continué— y, como yo nunca te he hecho caso y tú no te has atrevido a hablarme, te inventaste la cita conmigo para sentirte mejor. Y sí que te han invitado, al menos un par de veces, pero les has dicho que no, porque con el único chico que quieres estar es conmigo.

—No sé quién te ha contado esa sarta de mentiras. ¿Quién te crees que eres? —me dijo Luján, reaccionando, toda colorada.

—Me las ha contado tu amiga Lucía, la pelirroja. Y no me creo nada ni nadie, sólo soy el que te está pidiendo que seas su chica... Luján, me gustas mucho y quiero que salgas conmigo —le aclaré, poniendo el tono de voz más formal que pude.

Luján agachó la cabeza y se llevó las manos a la cara. Pensé que iba a llorar, así que me arrodillé al lado de su hamaca y le quité las manos del rostro. Ella no tenía ninguna intención de echarse a llorar, tan sólo quería ocultarse, así que, cuando notó que la agarraba, se resistió. Tuve que esforzarme para conseguirlo. Con mis manos en sus muñecas y ella pugnando por liberarse, nos miramos directamente a los ojos. Esa mirada nos calmó a los dos al mismo tiempo, ya que ella dejó de forcejear y yo solté sus brazos. Manteniendo mi mirada fija en la suya, acerqué lentamente mi mano derecha hasta su cara sin atreverme a rozarla. Entonces ella pareció entregarse: bajó sus párpados e, inclinando la cabeza, apoyó su mejilla en la palma de mi mano. No pude evitar que mis labios se unieran a los suyos. Fue un beso suave y dulce, sin apenas contacto, todo ternura. Al principio no me devolvió el beso, pero cuando sintió que nuestras bocas se separaban, se abrazó a mi cuello fuertemente, como con

desesperación, y pegó sus labios a los míos con fuerza, con una pasión intensa, casi excesiva. En aquel momento pensé que mucho debía amarme y mucho debió haberse desesperanzado para abrazarme y besarme por primera vez con aquel ímpetu exagerado a sus escasos catorce años...